

El libro de Apocalipsis – Capítulo 14

El cántico de los 144 mil

El capítulo 14 del libro de Apocalipsis presenta una escena impresionante en la que el Cordero se encuentra sobre el monte de Sión, acompañado por 144.000 personas que tienen el nombre del Cordero y el de su Padre escrito en la frente. Este detalle simbólico destaca la pertenencia y la identificación directa con Dios, mostrando a un grupo especial de redimidos que han sido marcados con el sello divino. En esta visión, la presencia del Cordero en el monte de Sión representa la victoria final del bien sobre el mal y el establecimiento del reino celestial.

En medio de esta escena, se escucha una voz que proviene del cielo, un sonido tan poderoso que se compara con el estruendo de muchas aguas y con el trueno de una gran tormenta. Esta voz no es una simple proclamación, sino que se asemeja a la música de artistas que tocan sus arpas y cantan un cántico nuevo. La combinación del poder del trueno con la armonía musical sugiere una revelación que es tanto majestuosa como espiritual, algo que solo puede provenir de lo divino.

El cántico nuevo se canta delante del trono de Dios, de los cuatro seres vivientes y de los ancianos, y se señala que solo los 144.000 redimidos de la tierra pueden aprenderlo. Esto subraya el carácter exclusivo y especial de este grupo, quienes, por su fidelidad y consagración, reciben un privilegio único en el cielo. Su canto no es solo una expresión de adoración, sino también un testimonio de su redención y su íntima relación con el Cordero.

Los 144.000 son descritos como personas que no se contaminaron

con mujeres, ya que son vírgenes, y que siguen al Cordero por donde quiera que vaya. Se menciona que fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero. Esta descripción simboliza pureza, dedicación total y una separación del mundo, indicando que estos individuos han sido preservados para cumplir un propósito sagrado. Además, se destaca que en sus bocas no se halló mentira, porque son sin mancha delante del trono de Dios, lo que refleja una integridad moral absoluta y una vida sin engaño.

El mensaje de los tres ángeles

En la misma visión, un ángel vuela por el cielo llevando el evangelio eterno, destinado a predicar a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo. El mensaje se proclama a gran voz, instando a temer a Dios y darle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Asimismo, se llama a adorar a aquel que creó el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas. Este anuncio universal destaca la urgencia de la proclamación y la necesidad de reconocer la soberanía divina antes de que el juicio se manifieste plenamente.

Luego aparece un segundo ángel que sigue al primero, anunciando la caída de Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación. Este símbolo representa la corrupción y la seducción del mundo, que ha llevado a las naciones a la idolatría y al pecado. La caída de Babilonia es una advertencia sobre el destino inevitable de toda forma de poder que se oponga a Dios y que corrompa a la humanidad mediante la opresión y la inmoralidad.

El tercer ángel aparece a continuación y emite una advertencia contundente: si alguien adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en la frente o en la mano, también beberá del vino de la ira de Dios. Este castigo es descrito como un

tormento con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero. La gravedad del mensaje resalta la seriedad de la elección humana entre la fidelidad a Dios o la sumisión a la bestia, y muestra las consecuencias eternas de esta decisión.

Se enfatiza además que aquellos que adoran a la bestia y a su imagen, y reciben la marca de su nombre, no tendrán reposo ni de día ni de noche. En contraste, se destaca la paciencia de los santos, aquellos que guardan los mandamientos de Dios y mantienen la fe de Jesús. Este contraste revela el camino de la perseverancia y la fidelidad como la característica distintiva de los verdaderos seguidores, quienes sostienen su fe aun frente a la persecución y la presión del mundo.

Finalmente, una voz desde el cielo declara que los muertos que mueren en el Señor son bienaventurados, porque descansarán de sus trabajos y sus obras los acompañarán. En ese momento aparece una nube blanca, símbolo de pureza y de la presencia divina, que reafirma la esperanza de descanso y recompensa para los fieles que han permanecido firmes hasta el final.

La tierra es segada

En la visión también se observa a uno sentado sobre una nube, semejante al Hijo del Hombre, con una corona de oro en la cabeza y una hoz aguda en la mano. Este personaje representa la autoridad y el poder divino sobre el juicio final, listo para ejecutar la cosecha de la tierra. La escena se desarrolla con una solemnidad que muestra la culminación de los tiempos, cuando la humanidad será juzgada y separada según sus obras.

Del templo surge otro ángel que le da instrucciones, ordenándole que meta su hoz y segara la tierra, porque la hora de la siega había llegado y la mies estaba madura. Esta imagen evoca la cosecha, un símbolo de juicio y recolección final. La tierra es segada, lo que indica que el tiempo de espera ha concluido y que el juicio divino se llevará a cabo con precisión y justicia.

Luego aparece otro ángel del templo en el cielo con una hoz aguda, acompañado por un ángel que tiene poder sobre el fuego. Este último llama al ángel con la hoz y le ordena vendimiar los racimos de la tierra, porque las uvas estaban maduras. La vendimia representa un juicio más intenso y específico, en el que los frutos de la tierra son recogidos para ser evaluados.

El ángel arroja su hoz y vendimia la viña de la tierra, y las uvas son echadas en el gran lagar de la ira de Dios. El lagar es pisado fuera de la ciudad, y de él sale sangre hasta los frenos de los caballos por 1600 estadios. Esta descripción apocalíptica simboliza el juicio final y la justicia divina derramada sobre el mal. La sangre que fluye en gran cantidad representa la magnitud del juicio y la seriedad de la rebelión humana contra Dios, dejando claro que la justicia divina será ejecutada de manera completa y definitiva.